

# RECORDANDO VALDERROBRES

(Desde Monroyo)

Creo, que cuando las personas llegamos a cierta edad en que el tiempo transcurre ocioso para nosotros, es frecuente que algún rato ocupemos nuestra mente haciendo algún repaso de nuestras vivencias del pasado y más frecuentemente de las ocurridas en nuestra juventud.

Entre los recuerdos que vienen últimamente a mi mente está el que me ha trasladado a mi primera salida fuera de Monroyo, que fue el pueblo de Valderrobres, cuando yo contaba con unos cinco años de edad. Y francamente, quedé impresionado como lo podía estar cualquier chico que sale de un pueblo pequeño y llega a otro pueblo sensiblemente más grande.

En aquellos tiempos, la "capitaleta" del Matarraña tenía solamente un puente —el de piedra— y no podía imaginar que hubiese tanto tránsito, tanto por el puente como por la calle mayor, circulando carros y carreteras transportando madera de pino, siendo los más activos Benito y Foz, los cuales tenían "Berliets" con ruedas macizas y tracción con cadena exterior como las motos. Micolau era el único que tenía coche —según decían— y un tal Juanes hacía de taxista con uno muy viejo.

Junto al puente estaba la posaba, donde se estacionaban los coches de las líneas a Tortosa y Alcañiz, que se hacían la competencia, llegando al extremo, según se comentaba, que unos pusieron el precio del billete tan barato que los otros lo pusieron gratis.

Toda la madera, el aceite y el cereal del Bajo Aragón iba a Tortosa, subiendo de la ciudad del Ebro toda clase de suministros. Algunos años después se construyó el puente de hierro, pues el tráfico por la calle mayor resultaba un hormiguero.

La cebada, las patatas y las mujeres, dicen, prueban más las de la sierra; y en Valderrobres los había procedentes de los mases de Colot, Pablet, Capelláns (marcharon dos generaciones), Casetes, Arcís, Borregué, Barberá, Mora, Bernardino, Agustí (las dos mozas), Genteo (marcharon toda la casa), Tiñeneta (de éste, recuerdo la anécdota de la joven de esta masía el día que se casó con el novio, masovero de Valderrobres, que ella le regaló los zapatos y, al salir de misa, los que esperaban curioseando observaron que él no caminaba muy bien, y durante el banquete le dijo a mi cuñado Roglán que era de Valderrobres y estaba en Monroyo de practicante: "no puc aguantar el mal que'm fan estes sabates"; los miró y vio que los llevaba puestas al revés, o sea, el izquierdo en el pie derecho y viceversa, lo que originó comentarios socarrones. Todo esto de antes de la guerra, de los cuales aún habré olvidado alguno, involuntariamente. Ahora, aún continua el éxodo de chicas de Monroyo hacia Valderrobres.

Medieros, tenderos, carpinteros y otros profesionales de Valderrobres, creo que buena parte eran serranos; conocí un herrero que era de Fuentespalda, otro de Alloza, el abuelo de J. Gil del taller, de Torre de Arcas, otro de Corachar; Joaquín Fuentes, que era de la Masía de Juan Tomás, estaba en casa de Pocaigua, el cual, con su afición a la mecánica, poco a poco pasó a tener el único taller de automóviles que hubo hasta algunos años después de la guerra; no sabía de letra ni sabía conducir, pero era muy despejado y hacía reparaciones con piezas elaboradas por él; hoy no las harían. Su hijo continuó con la misma actividad familiar, pero falleció. Del Joaquín Fuentes padre decían que si hubiese continuado con la faena inicial, hubiese ganado mucho más dinero.

También me sorprendió ver bastantes señoritos con sombrero, abrigo y zapatos, pues los que veía por aquí vestían pañuelo, blusa y alpargatas. Entonces Valderrobres estaba considerada como la capital de esta zona, donde había de todo, pero poco a poco fueron desapareciendo algunas actividades, y ahora se tiene que ir a Alcañiz para buscar soluciones.

Cuando tenía 15 años volví a Valderrobres, donde residí del 29 al 32 y ya noté algo de cambio; estábamos muchos no nacidos allí y se nos apreciaba. En el Arrabal no tenía nombre ninguna calle y todas se conocían con el nombre genérico de Arrabal.

Gabriel Molinos Figuerola